



Eduardo Apodaca: El poeta de “Los cables del trolebús”

Si Eduardo siguiera con nosotros, podría decirme, él, tan preciso siempre en el dato concreto y en las fechas, cuándo nos conocimos. Yo ahora no lo recuerdo, aunque seguramente sería a finales de los años ochenta o en los comienzos de la década siguiente. Lo que sí recuerdo es el aura mítica que su nombre y su poesía tenían para mí desde mucho antes; lo que nunca podré olvidar (eso sí que no) es su amistad entrañable, las largas tertulias vespertinas y nocturnas (las mañanas eran para los paseos por el Pagasarri o por el parque de Doña Casilda), en que descubrí el placer de hablar de los textos, de dejarme llevar por los poemas, por los versos, por los relatos o las reflexiones concretas. Porque con Eduardo, que era tan entrañablemente humano, hablar de literatura, que era tanto como hablar de poesía, no era hablar de los autores, de los avatares de los poetas, sino de sus creaciones, de sus textos hechos carne. Y hablábamos y hablábamos... sobre “Oda a un ruiseñor”, sobre “El otoñado” o “Criatura fiel” (esos poemas que resuenan en “El roquero solitario”), sobre la octava de las *Elegías de Duino*, sobre “El entierro de los muertos”, sobre “Igitur”, etc. No había casi nunca nombres; sólo versos, sólo textos, y su profunda sabiduría iluminándolos. Asocio a Eduardo (y a Patxi Lanceros, con quien tanto compartimos) a unos años en los que algo cambió radicalmente en mi visión de la literatura, y, en consecuencia, en mi visión de la vida. Quizá pueda sonar lo que digo pretencioso o pedante; quizá pueda pensarse que es la loa habitual de la elegía funeral; sólo sé que son palabras sinceras escritas desde la ausencia del amigo, ahora sí ya convertido en “el poeta invisible” que siempre deseó ser. Por eso, quizá, el mejor homenaje que pueda hacerle es hablar de sus poemas.

Introducción a la Tierra, su primer libro de poemas, estaba dedicado en su última edición “A Akerra en su estrella” y lo encabezaban unos significativos versos de Robert Lowell: “always inside me is the child / who died, / always inside me is his will / to die”. Esa doble vinculación, con el mundo natural, evocando a la perra que en tantos paseos acompañó al poeta, y la infancia, unida a la muerte, como reino inexpugnable del genio (ya lo decía Baudelaire: “le génie n’est que l’*enfance retrouvée à volonté*”), describe perfectamente el círculo en que se inscribe la poesía de Eduardo Apodaca. Porque, para él, la Naturaleza y la infancia eran espacios míticos, pero también simbólico-culturales, en los que se podían sentir esos momentos extáticos, esas visiones epifánicas en que la percepción de lo eterno se hace real por un instante. “La infancia es la eternidad”, escribió alguna vez el poeta, y la Naturaleza es el espacio puro, anterior al artificio, en que habita el misterio. La poesía aspira, pues, a habitar ese espacio eterno de la infancia y a la pureza del misterio anterior a todo artificio; y esa fusión se da en la Naturaleza escrita, en el espacio puro al que aspira el poema y cuyo correlato es el mundo alrededor. No hay mácula en ese ámbito de una blancura absoluta, en que la percepción del tiempo fuera del tiempo se funde en un espacio absoluto, que deviene escritura. El poeta adulto evoca la mirada del niño extasiado que contempla en “Los cables del trolebús” su “vida para luego”, y comprende que allí percibió el sentido completo de su existencia. La voz del poeta, “maduro de nostalgia”, se confunde con la de ese pájaro solitario (“El roquero solitario”) que canta “triste” en lo alto de la montaña (siempre los pájaros en su poesía) “desde el temblor oscuro que queda de la infancia / en el recuerdo”. En ambos textos, y en la poesía de Apodaca en su conjunto, se puede ver esa percepción de la integración del ser en la Naturaleza, en el mundo alrededor, a través de la escritura poética, esa confianza casi panteísta en la disolución del yo en el Todo a través del poema: “Ya no seré hombre ni mujer, sino que llevado en / volandas veré

el *quark* con el *quark*, / el mundo refractado en el *quark* / con la refracción en el *quark* del mundo". Muerte y vida se confunden en esa percepción de una eternidad compartida, de un mundo penetrado y comprendido en su esencialidad, en el que el poeta, escribiendo, se integra, se diluye, desaparece para ser. Es ahí, en ese tránsito entre el ser y el no ser, donde se desarrolla la poesía toda de Apodaca; en ese espacio que se extiende desde la percepción infinita de lo eterno en la infancia, evocada por el adulto consciente de su *ser para la muerte*, hasta la disolución absoluta de su conciencia en el mundo, en lo otro; disolución que implica, paralelamente, una dimensión cognoscitiva. Ser para no ser; conocer para diluirse en *La nube del no-saber*: ésos podrían ser los lemas de la poesía de Apodaca.

Pero la poesía de Eduardo Apodaca nos ofrece, así, otra vertiente de lectura, desde una "conciencia ecológica", si jugamos con la dimensión doble que hemos dado a su concepción de la Naturaleza. Aparece, así, una cierta dimensión crítica en su obra, a través de una lectura en negativo de sus versos, que ofrece el cuestionamiento de la disgregación del mundo moderno, de la pérdida de la conciencia de unidad absoluta, del sentido sacralizado (lejos de cualquier convicción cristiana, por supuesto) de la existencia y de la vida. Su poesía se convierte entonces en la crónica de un destierro infinito, el de *El errático*; la aspiración perpetua a la búsqueda de un centro inaccesible, de una pureza absoluta, percibida, pero que el lenguaje marcha en la escritura: "Sin el problema que el lenguaje crea, / música y vuelo son la misma cosa", escribirá en "Murciélagos". Esa percepción de lo absoluto es origen del canto, del poema inaccesible, como los "ojos diminutos" de los murciélagos que "me tocaron / con una luz sin mundo las entrañas", y que adquieren así una *fisicidad*, resultan tangibles para la memoria poética que los evoca. El poema es entonces la ceniza, el ascua de la llama ardida, donde sólo queda la memoria del fuego, de la percepción: "Volví al amanecer, y el poema había muerto". La Naturaleza entonces "Refracta como hielo", es espejo imposible de penetrar, imposible de habitar su historia que es la del propio sujeto: "También mi corazón, / ciego y sin historia, resbala en el fango / con oro, anocheciendo". Los versos de Apodaca evocan así la nostalgia por la pérdida de un sentido profundo de la religiosidad, por la pérdida del centro de la existencia, por la pérdida de la integración y la comunicación absoluta, de una espiritualidad integradora del hombre contemporáneo en su espacio, que tiene (¿por qué no?) un referente concreto en la circunstancia histórico-social que comparte. Hay implícita en sus versos una denuncia por esa pérdida, que se manifiesta en una nostalgia absoluta, en una nostalgia de lo absoluto. El espacio urbano, la ciudad, Bilbao, aparece entonces no como el espacio opuesto a la Naturaleza evocada, sino, al contrario, como una Naturaleza-otra, el mundo de la cotidianidad que también facilita la percepción de infinito, de unidad ("Noche en Bilbao"), en que el individuo debe integrarse de modo armónico; la ciudad laberíntica (las tortuosas Siete Calles) en que el poeta se pierde para encontrarse, para descubrirse a sí mismo "En el escaparate de un ultramarinos", en "una cebolla desvelada eternamente", donde "el vaho del cristal / y una lágrima me acarician diciéndome que esa cebolla fui yo".

Eduardo Apodaca era un poeta de otro tiempo. Sí, del tiempo de los grandes poetas. Nadie podría escribir hoy con esa inocencia compleja que lo caracterizaba, con ese humanismo profundo que promulgaba en todos sus actos, con esa caligrafía transparente en que plasmaba sus versos y nos escribía a los amigos. Era un poeta limpio, al que no le molestaba hablar de la inmensidad, del azul de la tarde, de los mirlos, de los árboles, el río o el bosque, pero tampoco de los charcos y de los murciélagos, de la ciudad y sus lonjas, camarotes y tejados. Su mirada era pura, limpia; y sus versos intentaban transmitirnos esa pureza, esa limpieza de lo absoluto. Lo logró y hemos de agradecerérselo. Sus versos nos lo recuerdan.

